

ORGANIZACION DE LA UNIVERSIDAD

PONENCIA DE

VLADIMIRO LAMSDORFF-GALAGANE (Universidad de Santiago)

Trataremos aquí, con la superficialidad que imponen las limitaciones de tiempo y espacio, de la organización universitaria. De las “estructuras” universitarias, si se prefiere, en la medida en que el término quiere decir algo. Puede querer decir, por ejemplo, que una comunidad de esfuerzos, como es la universitaria, se organiza en función de un fin. Y tal vez, a través de la organización, se pueda entrever el fin perseguido...

La fundación de las primeras universidades ocurrió en la Edad Media, allá por finales del siglo XII. Por cierto, más que de “fundación”, cabe hablar de “nacimiento”, pues fue espontáneo, a partir de las escuelas monásticas sobradas de influencia, de prestigio y de alumnos. Pero si el nacimiento ocurrió independientemente de poder, del cual sólo se exigía el reconocimiento, no fue así su desarrollo, pues pronto apareció un frondoso *derecho* universitario.

El ambiente era, sin embargo, de libertad; de una libertad interna que las universidades conservaron celosamente en tanto les fue posible. Los estudiantes, clérigos en su mayoría (en su totalidad al principio), no estaban sujetos —en cuanto universitarios— ni a su abate u obispo ni a la policía del rey: la propia universidad se encargaba de su disciplina. De alguien, naturalmente, eran súbditas: las primeras universidades fueron pontificias; las reales aparecieron posteriormente. Lo cual quiere decir que las controlaba el Papa o el rey, que estaban lejos, y no las autoridades locales, que de buen o mal grado, tenían que soportar ese quiste enclavado en su zona de soberanía.

En el aspecto financiero, las universidades tenían también su

autonomía. La fórmula consistía en destinarles determinados bienes de la Iglesia, bienes raíces cuyas rentas se les asignaban a perpetuidad y que las universidades administraban ellas mismas.

No queremos decir con ello que dejara de haber, en absoluto, control sobre las universidades. Lo había. Hubo, incluso, prohibiciones para determinadas lecturas. Aunque tal control distaba mucho de recordar al de cualquier Ministro de Educación actual: se trataba de corregir abusos, de perfilar temas, de resolver cuestiones; en una palabra, de introducir modificaciones y mejoras en algo que ya existía y funcionaba y no de "estructurar" o "reestructurar" todo de golpe.

Tampoco dejaba de haber tensiones, y muchas: entre las universidades y las autoridades locales, civiles o eclesiásticas, por cuestiones de jurisdicción; entre los Rectores, electivos, y los Visitadores pontificios o reales; entre clérigos seculares y regulares, o entre las distintas órdenes entre sí, por provisiones de las cátedras, etc. Se acudía a pleitos, a arbitrajes, al obispo, al rey, al Papa; pero todo ello era más bien la manifestación de la *vida* de la institución, para la cual las dificultades eran con frecuencia motor de progreso.

¿Cómo se estudiaba entonces?

Por las mañanas se procedía a las *lecturas* ("lectiones"). El término se ha conservado: son nuestras *lecciones*, las *lectures* inglesas, las *Vorlesungen* alemanas. El maestro *leía* un texto y lo comentaba. De ahí nació la abundante literatura medieval de los *comentarios*, al verterse el contenido de estas lecciones por escrito. El texto leído era el de alguna *autoridad* en la materia tratada: la *Biblia*, Pedro Lombardo, Boecio, Dionisio, Aristóteles, Galeno, Justiniano; después, Santo Tomás, Bártolo, Baldo...

Por las tardes, con determinada periodicidad, se procedía a las *disputaciones*. Las había de varias clases: ordinarias, extraordinarias, *quodlibetales*, solemnes, según ordenaciones variables de una universidad a otra. Pero su forma general era *dialogada* y versaba sobre alguna *cuestión*, que debía ser formulada (*que-*

ritur, o *controversia est*): por ejemplo, “si la justicia es virtud”. La formulación de la cuestión iba o no precedida de la exposición de los motivos de plantearse (*proponere causam*). Pero una vez formulada, ambas partes disputantes procedían a esgrimir las autoridades y argumentos que apoyaban sus respectivas tesis, y al final, el maestro intentaba la *solutio*.

No se puede señalar claramente en qué campo de estudios nació esta técnica de las *disputationes*: la practicaban los teólogos, los filósofos, los juristas, incluso los médicos. Lo que sí está claro, en cambio, es que la *disputatio*, pasando tal vez por un primer estadio de espontaneidad, llegó rápidamente a organizarse, a disciplinarse, adquiriendo la misma forma en todas las disciplinas. Bajo esta forma la conocemos, pues son las partes elementales en que se dividen los gruesos volúmenes de *Disputationes* o de *Summas* que han llegado hasta nosotros.

Su esqueleto es el siguiente:

1. Título de la cuestión: “*si* (tal cosa es tal otra)...”, en forma dubitativa.
2. *Videtur quod...* (“parece ser que...”), seguido de la enumeración (numerada) de autoridades y argumentos que sustentan la tesis contraria a la mantenida por el autor.
3. *Sed contra...* (“pero sin embargo...”), seguido de autoridades que sostienen la tesis opuesta.
4. *Respondeo dicendum quod...* (el *corpus* propiamente dicho), donde el autor exponía su propia opinión, con todas las razones que tenía para mantenerla: argumentos ya esgrimidos por autores anteriores y, en su caso, también propios.
5. Por fin, las contestaciones a los contra-argumentos reseñados al principio, por el mismo orden: *ad primum ergo dicendum quod...*, *ad secundum ergo dicendum quod...*

Todo lo cual ya permite sacar algunas conclusiones: por de pronto, que la universidad “medieval” no es un calificativo tan

peyorativo como parece ser hoy en día. Una amplia libertad académica, un régimen de autogestión, el diálogo institucionalizado entre el profesor y los estudiantes, suenan incluso muy actuales. Pero tampoco estaba ausente la disciplina, particularmente la disciplina intelectual: por lo pronto, no dialogaban *todos* los estudiantes, sino sólo los que ya sabían gramática y lógica. Y cuando lo hacían, había de ser en el marco formal de la *disputatio*, aduciendo autoridades (1) y, estrictamente según las reglas lógicas de la *Dialéctica* de Aristóteles, con todas sus distinciones y silogismos.

¿Con qué propósito se hacía todo esto? ¿Qué se pretendía hallar al término de este proceso lógico-controversial? Simplemente, *verdades*. Se confiaba en la lógica para llevarnos a ellas. Pero la Edad Media tuvo la modestia de reconocer nuestras limitaciones en cuanto a su posesión íntegra. De ahí el extremado respeto a las fuentes de estudio, a las *autoridades*, acudiéndose a toda clase de sutilezas para evitar el tener que reconocer que se habían equivocado. De ahí también el empleo del diálogo y del frecuentísimo recurso a la "opinión más probable".

Buscaban, dijimos, *verdades*. En primer lugar, las que más importaban: las referentes a la salvación eterna. La universidad empezó por la teología. Las leyes y la medicina vinieron después. Las restantes disciplinas (gramática, retórica, lógica) nunca pasaron de ciencias accesorias, necesarias para alcanzar aquéllas. No es que no se cultivaran: es más, no hubo ninguna época, en la historia del pensamiento, que tanto se haya ocupado de lógica formal como el Medioevo; salvo, quizá, en nuestros días. Pero la teología permaneció central, absorbiendo a la filosofía.

* * *

(1) A las cuales se sopesaba y comparaba; como dijo Michel Villey, en la Edad Media se pesaban las autoridades; en el siglo xx, se las sufre (en su curso de doctorado impartido en la Sorbona, en pleno mes de mayo de 1968, publicado en los "Archives de Philosophie du Droit" de 1969 (14), 139 y sigs., el cual ha servido fundamentalmente de base a la presente charla).

Con todo, ¿no es nuestro cuadro demasiado optimista? A principios del XVI, Juan Luis Vives acusaba a esta universidad de fomentar la erudición y el sofisma. Y no se trataba de ninguna novedad. Se había caído en el tecnicismo por el tecnicismo, en el abuso de la lógica formal, en las cuestiones vanas o, en el caso más favorable, en la mera repetición de opiniones ajenas.

No nos corresponde aquí el investigar las causas del fenómeno, pero sí señalar que la Ciencia de la Modernidad empezó con otro estilo.

Nació con el sabio que trabaja solo, al margen de toda universidad y de toda institución investigadora. Montaigne, Bacon, Hobbes, Locke, Descartes, Pascal, Gassendi, Spinoza, Grocio... Ninguno de ellos fue "universitario" propiamente.

No fue así en todas partes: la universidad italiana trajo el humanismo, la española dio la gran teología clásica, reviviendo con los Soto, Vitoria, Cano, Molina, Suárez y tantos otros. Pero Francia e Inglaterra dieron el tono.

Distinto también el estilo de trabajo. Ya no es diálogo, sino monólogo. Desaparecen las autoridades. Con pretexto de hacer más fácil la lectura, se suprimen (o se reducen al mínimo) las referencias a las fuentes utilizadas, tan enfáticamente exigidas por el concienzudo método medieval. Efectivamente, se consigue que las obras científicas sean más fáciles de leer; pero se consigue también que se pueda copiar impunemente ideas ajenas haciéndolas pasar por propias. Desaparece, sobre todo, la modestia: ya no se buscan afanosamente verdades; se las posee. Nada de probabilidades: afirmaciones tajantes. Nada de limitarse a una zona de estudios determinada: el mismo sabio se estima tan competente en astronomía o matemáticas como en medicina o en filosofía, a todas las cuales aplica, por lo general, una sola y misma teoría.

Es la *Razón* que trata de abarcar el mundo. La teoría, que sale, entera y armada, del cerebro del sabio, como Minerva del de Júpiter, dirá la verdad sobre todo lo divino y humano. Y la dirá *toda*, sin un resquicio.

Del XVI al XVIII, el tono es, cada vez más, el imperio de la Razón. Y paralelamente, el del legislador, del déspota ilustrado, al que se supone participa de la tal Razón y la aplica en materia de gobierno. Su único contrapeso, curiosamente, son los derechos humanos, que se absolutizan tanto cuanto se exalta a la Razón y a quienes la detentan.

Y esto tuvo su repercusión en las universidades. Ahora se fundan por Real Decreto: Göttinguen, Halle, Turin. Napoleón funda la Universidad francesa desde Moscú. El rey de Prusia funda la de Berlín en 1810, previa consulta a los detentadores de la Razón que gobierna el mundo —a los filósofos Fichte y Schelling—.

Ya no se trata de corregir, o perfilar, desde el poder, detalles concretos de una institución existente. Se trata de *crearla* entera, de arriba abajo, de un solo golpe: en sus planes de estudio y locales, catedráticos y estatutos.

* * *

¿Qué resultado dio todo eso?

Por de pronto, la "universidad napoleónica". Se habla mucho de ella, pero se la conoce mal.

Se fundó a la sombra de Rousseau y de la "volonté générale", encarnada en el Estado, ante la cual han de desaparecer las voluntades individuales. El único partido que Napoleón quiere sacar de la universidad es que le forme funcionarios competentes para su incipiente burocracia. La organiza, por tanto, como escuela de funcionarios: disciplina castrense, uniformes, horarios estrictos señalados a toque de corneta, régimen de internado, programas rígidos impuestos desde arriba, exámenes con sanción de expulsión para el suspendido. A la cabeza, un *Grand Maître*, nombrado por Napoleón. Algo muy parecido a una escuela militar, en lo externo y lo interno. Salidas profesionales (otra vez, al igual que las escuelas militares), el servicio del Estado.

Valor privilegiado, el *orden*. El orden establecido, se entiende.

Pero quizá un modelo más influyente fue la Universidad alemana, cuyo prototipo es Berlín. Fundada por Humboldt, previa consulta con Fichte y Schelling, y previa lectura del *Conflicto de las Facultades*, de Kant. Profesores universitarios todos ellos.

Así nació y se organizó, por obra de profesores, convencidos de que su labor era lo más esencial en el universo.

Valor central, la ciencia, *Wissenschaft*, y la *Kultur*. La *Wissenschaft*, por definición, es lo que hace el *Professor*, y él es la figura privilegiada. La gestión de la Universidad corre a cargo de las juntas de profesores; el control estatal sólo existe para los asuntos financieros. El profesorado se recluta por cooptación, lo cual asegura a cada uno una corte de aspirantes, más bien, serviles.

Un principio básico es la *Lehrfreiheit*, la "libertad de enseñanza". El profesor explica lo que quiere, como quiere y cuando quiere. Si es de zoología, puede pasarse el curso explicando exclusivamente el elefante o la hormiga roja. O encerrarse a investigar en su gabinete. O irse al extranjero. O tomar vacaciones.

Por supuesto, es una deshonra para un *Professor* estar de acuerdo con otro. Hay tantos sistemas físicos, químicos, matemáticos, biológicos o filosóficos, como profesores de física, química, matemáticas, biología o filosofía. A veces incluso más: un sistema filosófico puede muy bien incluir una parte de física o de astronomía. Por supuesto, ni autoridades, ni discusiones. El *Professor-Wissenschaft* da fe. El aspirante a profesor, en cambio, ha de estar de acuerdo con todas y cada una de las tesis de su maestro. Ya tendrá tiempo de estar en desacuerdo cuando sea, a su vez, profesor.

En contrapartida, los estudiantes tienen su *Lernfreiheit*, "libertad de estudio". Pueden escoger los cursos a seguir, asistir a clase o no; no tienen exámenes ni limitaciones de escolaridad. Pueden estudiar o pueden beber cerveza, pasear a caballo o batirse a sable. Pero intervenir en las tareas universitarias, no: un estudiante no hace *Wissenschaft*. La recibe y calla.

¿Qué fin persigue todo esto? Recordemos que según los racionalismos e idealismos de la época es la Razón quien lleva el

progreso al mundo. Y que *Razón* = *Wissenschaft*, y que *Wissenschaft* = *Professor*. Este disfruta de omnipotencia política, jurídica, filosófica, social... Se cree no sólo autorizado, sino llamado a transformar el universo mundo en virtud de su competencia científica. Convencido, por lo demás, de que de ahí sólo se seguirán bienes sin mezcla de mal alguno. Es la idea del despotismo *ilustrado*, vigente aun hoy día. Tan legitimados para transformar radicalmente el mundo se siente Pedro el Grande como Hegel, Marx, Sartre o Marcuse.

Aún hay otro modelo de universidad: el anglosajón. Ahí se proyecta la sombra de Jeremías Bentham, a quien le atraían las ciencias sólo en la medida en que son *útiles*.

Pues bien, según este principio se organizó la Universidad anglosajona, americana sobre todo. Universidad financiada por los comerciantes. Programas variables, según lo útil-inútil. Profesores comprados, por su utilidad. Investigación dirigida por la "sociedad", cuyo fin es proporcionar la mayor felicidad (en forma de batidoras, detergentes, explosivos y píldoras) al mayor número. Técnicos e industriales al acecho de cada descubrimiento teórico. Los que resultan "inútiles" se archivan.

En cuanto a los estudiantes, se pretende expedirles unos conocimientos que les sean útiles en el ejercicio profesional. Luego se forman *técnicos*: gente a las órdenes de la sociedad que los emplea y cuya única finalidad consiste en serle útiles. Gente "cuyos fines no señalan ellos mismos, sino otros": en otros términos, esclavos. Los "cerebros" se importan de Europa.

* * *

Es posible que estos tipos ideales de universidad, tal como acababan de ser descritos, no hayan nunca existido en forma pura. Desde luego, no existen hoy día. Hay tipos mixtos de todas ellas, donde sólo varía la proporción de elementos de una u otra. Muy típica es la nuestra: es absolutamente mixta. Lo cual quiere decir que estos valores privilegiados en los distintos tipos de uni-

versidades los perseguimos todos un poquito. Es decir, ninguno seriamente. Puede que sea mejor así, puede que no, no nos pondremos a juzgar. Lo que es más importante es notar que *todos ellos* están ahora en crisis.

Por de pronto, la idea medieval de acercarse lo más posible a la *verdad* lo está desde hace mucho tiempo. Hasta el punto de hacer sonreír hoy en día.

En cuanto a la *Ciencia*, también estamos de vuelta de tantos sistemas empiristas, racionalistas, idealistas, positivistas, etc., que se han sucedido, sin orden ni concierto, tanto en filosofía (la que más ha sufrido de ello) como, incluso, en las otras ciencias. Hoy no sólo se *sabe* que un *Professor* o una *Wissenschaft* se equivoca, sino que se *presume*.

Cuando contemplamos ciertos aparatosos "champiñones" atómicos es difícil dejarnos de preguntar si es realmente *útil* la técnica. Y si lo es, para qué.

Del respeto al *orden* establecido, mejor no hablar.

Y lo que es peor, no parece que tengamos, en sustitución, otro valor en función del cual organizar nuestras universidades. Quizá, la *novedad*: es el valor del "progresismo" y de la *moda* en general. Es mejor lo más nuevo; lo más antiguo queda *superado*; por tanto, se puede archivar. Es la movimientolatría. Ya empieza a hacer su aparición en la universidad, en la nuestra inclusive. Es la figura del profesor que tanto teme quedarse "pasado de moda" que sus clases son un comentario al diario de la mañana: noticia fresca, señores, gran novedad. Del profesor que tiene complejo de inferioridad ante sus alumnos: como son más jóvenes son más "nuevecitos". Y cualquier tontería que piensen, como es *más reciente* que sus propias sesudas investigaciones, vale más. Es el profesor a remolque de sus alumnos. A los presumidillos les agrada; a los alumnos serios les asquea.

Pero ese progresismo, por lamentable que sea, no deja de ser explicable. Al fin y al cabo, todos actuamos por algo, algo que estimamos bueno, *valioso*. Por eso, cuando todo lo que se puede hacer en la universidad ha dejado de ser considerado valioso se

inventan otras cosas que hacer en ella, otros *valores*. En este caso, aún menos "valiosos" que los anteriores, pero en los que se cree. Alguno siempre ha de haber.

Y nosotros, ¿cuál proponemos? Pues preferimos no proponer ninguno. Preferimos no hablar de él, sino *actuar* de acuerdo con él. Primero pensar, seriamente, qué es lo que pretendemos al trabajar en la universidad. Luego, hacerlo. Y creemos que la predicación con el ejemplo en estas cosas puede ser más eficaz que la de palabra, que corre el riesgo de la grandilocuencia. Es la única, pensamos, que puede lograr que el trabajar seriamente *se ponga de moda* en la universidad. Y si esto ocurre, sus "estructuras" se adaptarán a ello *por sí mismas*. Los Ministerios de Educación seguirán la corriente. Costumbre no les falta...